

# LOS COLORES de la NAVIDAD

Dos son los colores simbólicos predominantes en la Navidad, fiesta de la luz y el color, de la paz y la alegría, y que le dan su peculiar atmósfera espiritual, cálida y hogareña: el blanco y el rojo.

La Navidad es, en efecto, un estallido triunfal de la luz que tiene lugar en medio de la oscuridad de la noche invernal. Y la luz lleva consigo, como una consecuencia natural de su acción vitalizante, renovadora y transformadora, la eclosión y expansión del color en toda su rica variedad. La luminosidad hace surgir el color, los colores que dan belleza, alegría y esplendor a la vida. Y en la Navidad renace con fuerza la luz forjando un mundo nuevo y una nueva vida que emergen, rebosantes de colorido, venciendo la fría y triste negrura del Invierno.

Pues bien, los dos colores principales que anuncian, festejan y proclaman el nacimiento de ese mundo y esa vida nuevos que trae la Navidad son justamente el blanco y el rojo. A los cuales se une también el verde, como una nota simbólica de la renovación de la vegetación, de los árboles y las plantas, que vuelven a mostrar su verdor con el retorno de la luz tras la larga noche invernal. El color verde que se halla magníficamente representado por el Árbol de Navidad, herencia folclórica del Árbol de la Luz o Árbol del Sol con el que nuestros antepasados indoeuropeos festejaban el Solsticio de Invierno desde la más remota Prehistoria.

El colorido de la Navidad viene, por lo tanto, a estar dominado por una combinación del blanco y el rojo cuyo brillo alegre, sereno y majestuoso a un tiempo, se destaca sobre un fondo verde, que es signo de vitalidad, de renacer, de regeneración, de rejuvenecimiento y de vida nueva.

Son estos, el blanco y el rojo, colores que sugieren el ambiente del Ártico, donde tiene su sede el popular Santa Claus o Papá Noel: las grandes extensiones nevadas, el sol de medianoche, la aurora boreal, el rojo amanecer tras la larga noche invernal, la fauna ártica con su blanca piel y su blanco plumaje (el oso polar, el zorro ártico, la lechuza nival, los renos a veces blancos o blanquecinos).

Una poesía de Bécquer evoca la imagen invernal de la Navidad, con su atmósfera entrañable y hogareña en la que se aúnan estos dos colores tan característicos de tales fechas, el blanco de la nieve y el rojo del fuego:

*¡Qué hermoso es cuando en copos  
la blanca nieve silenciosa cae,  
de la rojizas llamas  
ver las rojizas lenguas agitarse!*

En un tono más elevado, más religioso, la poetisa Antonia Díaz de Lamarque, en un poema dedicado a la Navidad y titulado *La Noche Buena*, nos presenta los dos colores, el blanco y el rojo, como característicos de la Navidad. La citada autora ve a la Navidad solemnemente acompañada por las tres virtudes cardinales (Fe, Esperanza y Caridad), como si fueran su inseparable cortejo, haciendo notar que es en las fiestas navideñas cuando estas virtudes se acendran y cobran mayor fuerza implantándose con firmeza en la vida de los seres humanos. A la Fe la describe como si fuera de color blanco, aunque unido al rojo: “ceñida de blanca veste, cubierta con ígneo velo”. A la Caridad la imagina de color rojo, el color del fuego, si bien unido al blanco de la bondad y la inocencia: “de blanco velo ceñida... su corazón es de fuego”. Y añade que en estas fechas “la Caridad con más fuerza / su niveo manto despliega”. Y aunque Antonia Díaz nada dice en su poesía sobre el color de la tercera de las virtudes mencionadas, la Esperanza, habría que recordar que el color de ésta es el verde, con lo que tendríamos los tres colores, blanco, rojo y verde, que antes hemos destacado como los más significativos de esta fiesta llena de colorido que es la Navidad.

## La blanca Navidad

En la Navidad el color dominante es, sin lugar a dudas, el blanco. La Navidad la imaginamos la imaginamos sobre todo blanca. Esto queda puesto de relieve, de forma sumamente ilustrativa, en el título de una de las más célebres, clásicas y populares canciones navideñas, originaria de los Estados Unidos: *White Christmas* (“Blanca Navidad”). Canción que alude al paisaje nevado, con los campos y las calles de las ciudades cubiertas de nieve, los árboles y la vegetación cuajados del blanco elemento.

La nieve, con su blancura, se perfila como uno de los factores principales en la configuración del ambiente navideño, incluso en regiones donde, por su clima, no ha nevado nunca o es impensable que pueda nevar durante las fechas en que se celebra la Navidad. Resulta difícil imaginar unas Navidades no asociadas a la nieve. El blanco paisaje nevado o la blanca huella que dejan por doquier los copos de nieve (en árboles, tejados, caminos) son reproducidos tanto en los belenes como en los crismas o tarjetas de felicitación, tanto en los escaparates como en los juegos luminosos que adornan nuestras ciudades y otros muchos detalles (así, por ejemplo, los trineos, los muñecos de nieve, grandes o pequeños), que acompañan a estas fiestas, universalmente extendidas en la actualidad.

Pero además de esta asociación con la nieve, el blanco se presenta como el color característico de otros muchos elementos del ambiente festivo de la Navidad. Así, vemos cómo se hace presente de forma llamativa en toda la imaginería y la decoración navideñas: el blanco de las estrellas y de la luna que alumbran el escenario de la Noche Buena cual luminarias protectoras; el blanco de la túnica y las alas de los ángeles que suelen colocarse en distintos lugares de la casa; la barba y los cabellos blancos de Santa Claus, al igual que de alguno de los Reyes Magos; el blanco armiño que engalana las vestimentas de dichos personajes míticos; la gran estrella blanca que guía a los Reyes de Oriente en su marcha hacia Belén; las campanas de color blanco o plateado, como si estuvieran cubiertas de nieve o escarcha, que alegran los hogares en estas fechas; la estrella blanca que suele ponerse en lo alto del Árbol de Navidad; los abetos, renos y trineos contruidos con luces blancas que se alzan en calles, plazas y jardines; el blanco color de los cisnes que aparecen a menudo entre los adornos navideños, sobre todo en los países nórdicos (el cisne, ave hiperbórea, majestuosa y apolínea en su elegante blancor, se suele presentar como mensajera del Alto Norte, del reino de la paz; bastará recordar la legendaria figura de Lohengrin, conducido por un cisne).

En la escenografía cristiana el color blanco se hace presente en numerosos elementos característicos del portal de Belén, como han recogido el arte y el folklore a lo largo de los siglos. Así, por ejemplo, aparte de los ya antes mencionados: la blancura de los pañales y las sábanas del Niño-Dios; el blanco halo radiante que rodea las cabezas de la Virgen, San José y el Niño recién nacido; el blancor de la lana con que se abrigan los pastores que acuden a la sagrada gruta, así como la de sus ovejas y corderos (recordemos que el cordero simboliza al mismo Cristo, el *Agnus Dei* o Cordero de Dios); la blanca túnica de la Virgen; la tonalidad albina de alguna de las monturas de los Reyes Magos (ya sean caballos o camellos); los muros a veces blanqueados del portal o recinto donde se encuentra el pesebre en el que reposa el Niño-Dios; el blanco lienzo que sostienen los ángeles sobre el portal en el que ha nacido el Niño-dios y en el que aparece escrita la frase “Paz a los hombres de buena voluntad”, todo un mensaje rebosante de sagrada y fulgurante blancura.

Sobre el simbolismo de la nieve hablaremos en otro momento. Pero no quiero dejar el tema del importante papel que juega el color blanco en la configuración de la peculiar y mágica atmósfera de la Navidad sin referirme a la significativa presencia que puede observarse en los párrafos anteriores de dos figuras blancas tan prominentes en el ambiente navideño como son los ángeles y la nieve. Dos realidades simbólicas que parecen íntima y sutilmente relacionadas en cuanto se nos presentan como bendiciones que descienden del Cielo.

Dante, por cierto, con su profunda y certera mirada poética, compara la blancura del mundo angélico con la blancura de la nieve. En su *Divina Comedia* el Alighieri describe a los ángeles como seres con rostros rojos (*di fiamma viva*, “de llama viva”, por estar inflamados de caridad) y con alas doradas, siendo todo lo demás de su figura --nos dice-- de color blanco, por su candor. Estas son sus palabras: *l'altro tanto bianco che nulla neve a quel termine arriva*; es decir, “no hay nieve alguna que pudiera alcanzar tal nivel de blancura” (*Paradiso*, XXXI, 13-15). En la descripción dantesca vemos aparecer de nuevo la significativa unión de los colores blanco y rojo.

## **La cálida fuerza del rojo: los colores del Sol**

No menos importante en la configuración del ambiente navideño es el color rojo.

Lo vemos en multitud de detalles: el color rojo intenso de la vestimenta de Papá Noel; el rojo luminoso del hocico de Rudolph, el reno jefe o conductor principal del trineo en el que viaja dicho Papá Noel (o Papá Navidad); el rojo de las capas de los Reyes Magos y sus rojos gorros fríos (según se les representaba antiguamente, en el arte bizantino, tal y como puede apreciarse en los célebres mosaicos de Rávena); el rojo de las semillas que embellecen las típicas ramas de acebo y de muérdago que suelen engalanar los hogares; el rojo del fuego que arde en la chimenea hogareña y en torno al cual se reúne la familia; el rojo de los calcetines o las botas que se cuelgan de la chimenea por la que habrá de descender Papá Noel y que están destinados a recoger sus regalos; el rojo de muchos de los adornos que se cuelgan en el Árbol de Navidad (bolas brillantes, estrellas y guirnaldas, corazones y pequeños renos, cosas todas ellas predominantemente de color rojo); las velas rojas, las luces o los farolillos rojos que se colocan aquí y allá para alegrar el ambiente, al tiempo que con ellos se recuerda que se trata de una fiesta de la luz (al igual que en el *Hanukah* judío y en el *Divali* hindú); las flores rojas, así como las cintas y los lazos rojos que sostienen algún que otro objeto decorativo propio de estas fechas; el rojo intenso de las grandes flores de pascua y las pequeñas ramas de arce rojo que se colocan como llamativa decoración; las mesas cubiertas con paños o telas de color rojo para sobre ellas quizá un belén o algún motivo solsticial; las coronas que se cuelgan en la puerta de la casa, unas veces predominantemente rojas y otras veces verdes con adornos rojos; el reluciente papel rojo con el que suelen envolverse los regalos navideños; el color rojo de la mitra y la capa del pequeño San Nicolás que figura como importante elemento del Árbol en ciertos países de Centroeuropa (no se olvide que se trata del santo personaje que se convertirá posteriormente en Santa Claus, Sankt Niklaus).

En estos colores, el blanco y el rojo, hay contenido un mensaje simbólico, espiritual y sacro, polar y solar, que es consustancial a las fiestas de la Navidad. Son los colores del Solsticio de Invierno, en los cuales se insinúa el recuerdo de la remota y lejana patria del Norte. Colores ambos que destacan sobre el verdor de los árboles, plantas, flores y arbustos que se erigen en símbolo de la vida perenne; plantas sobre todo propias del clima nórdico: el abeto, el arce, el acebo, el muérdago.

Tanto el rojo como el blanco encierran un claro simbolismo solar. Son colores simbólicos y emblemáticos del Sol. El blanco es el color del Sol inicial que se anuncia en la tonalidad clara del amanecer; el blanco del alba, en la cual el Sol está presente todavía de forma tenue, o también el blanco potente del mediodía, cuando el Sol luce en lo alto del cielo, está en su plenitud y ni siquiera puede ser mirado, pareciendo entonces como si estuviera hecho de incandescente oro blanco. El rojo, por su parte, puede aludir bien al Sol de la aurora, con su bello color rosado, bien al Sol en el ocaso, cuando el horizonte parece teñirse de sangre o de lúcida pasión. En el momento del crepúsculo el Sol aparece unas veces como un brillante y grandioso círculo rojizo, como si fuera una moneda de oro rojo, y en otras ocasiones, cuando el Sol queda oculto por algunas nubes, da la impresión de que el horizonte se ha incendiado, que el cielo está en llamas y un fuego de rojo intenso lo invade todo.

Este simbolismo solar de los colores blanco y rojo es recogido en la ciencia heráldica, y especialmente en una de sus ramas o derivaciones más actuales y notorias, cual es la vexilología, o sea, la ciencia de las banderas. Así vemos aparecer con frecuencia, a lo largo de la Historia de la Humanidad, tanto un sol blanco como un sol rojo en numerosos estandartes, banderas, blasones y escudos de armas.

Son varias las banderas nacionales en las que se halla representado el Sol con uno u otro de los dos colores mencionados: el Sol de color blanco aparece en las banderas de Nepal y Taiwán (que ha conservado la antigua enseña de la China republicana y nacionalista: un sol blanco con doce pequeños rayos en punta); el Sol de color rojo figura en las banderas del Japón (un círculo rojo sobre fondo blanco, con la variante naval y militar de un sol radiante, cuyos rayos rojos llegan hasta los cuatro bordes de la bandera, llenando casi todo el espacio blanco de la misma), de Bangladesh (un círculo rojo sobre fondo verde) y de Malawi (un sol rojo radiante que bien emerge o se oculta, rodeado de una corona de incipientes rayos rojos, apareciendo tan sólo con su mitad superior por encima de una franja de color asimismo rojo, a guisa de horizonte, y teniendo detrás un fondo de color negro). Para citar otro ejemplo, un sol blanco aparece también en la bandera de Lebowa, uno de los bantustanes o pequeños estados independientes negros creados a finales del siglo XX por la Sudáfrica dirigida por los afrikáner. Se trata de un sol que comienza a despuntar en el horizonte, situado dentro de la blanca franja central de la bandera y del cual parten nueve largos rayos amarillos que se van ensanchando progresivamente, de forma semejante a los rayos solares de la bandera naval japonesa.

La imagen más curiosa, en este sentido, nos la ofrece la bandera de Groenlandia, en cuyo centro vemos al Sol representado por un círculo dividido en dos mitades, cada una de ellas con uno de los dos colores: la mitad superior es de color rojo, mientras que la mitad inferior es de color blanco. Dicha figura del Sol rojiblanco se halla enclavada en medio de las dos franjas horizontales que forman la bandera: blanca la superior y roja la inferior. Cabría señalar, por último, aunque es una bandera ya desaparecida, la del “León y Sol rojos”, que fue adoptada por Irán, durante el régimen del Sha, como enseña de su propia y peculiar “cruz roja” (sustituyendo tanto a la de la Cruz Roja como a la de la Media Luna Roja). Se trataba de una bandera de fondo blanco sobre el cual destacaba la figura roja del León imperial persa blandiendo una espada y sobre cuyo dorso emergía un sol radiante asimismo de color rojo.

Por lo que se refiere al Japón, nación a la que antes nos hemos referido y cuya bandera de color blanco con el sol rojo en el centro es sobradamente conocida, hay que señalar que dicha bandera expresa muy bien la esencia de la nación nipona, con su misión y destino solares. No en vano el Japón es llamado “el Imperio del Sol Naciente”. Eso es lo que significa precisamente el nombre “Japón”: en japonés *Nippón* o, más exactamente, *Ni-hon*: origen o raíz (*hon*) del Sol (*ni*). Ni que decir tiene que el fondo blanco de la bandera japonesa tiene también un claro simbolismo solar, siendo el blanco el color de Amaterasu, la Diosa del Sol, antecesora celeste de la dinastía imperial, cuya grandeza y belleza sobrenaturales se ven reflejadas en la blanca cima nevada del monte Fuji.

Volviendo al tema que nos ocupa, cabe decir que en ambos colores, el rojo y el blanco, podemos ver representados el ardiente anhelo del Sol que sentían nuestros antepasados al haber carecido de su presencia reconfortante y vital durante largo espacio de tiempo. Son los colores del Sol que se ocultó y que se desearía vivamente volver a ver (el color rojo), así como la serenidad de una paz y un bienestar ya logrados al tener al Sol de nuevo en lo alto del cielo para iluminar y calentar la tierra en la que se vive (el color blanco). En el rojo y el blanco navideños resuena el eco del lejano Sol hiperbóreo, aquel Sol espiritual, benéfico y protector que en la mitología helénica tenía su encarnación o representación viviente en el dios Apolo, divinidad solar cuya patria se hallaba situada en la remota región hiperbórea.

Cabría añadir que el blanco y el rojo son los colores por excelencia de la sacralidad. En ellos se expresa la potencia fascinante de lo sagrado: su fuerza envolvente y vitalizante; su poder de encantamiento, de subyugación, de renovación, de transformación y transfiguración, de iluminación y liberación; su capacidad para dominar la vida, para apoderarse del ser humano, penetrar en él, abrazarlo y seducirlo. Cosas todas ellas de las que la Navidad conserva una importante dosis, incluso en un ambiente tan profano y profanado como el de la actual sociedad materialista, hedonista y consumista.

El blanco nos habla de lo sagrado en su aspecto de pureza, limpieza, luminosidad, claridad, serenidad. El rojo, en cambio, nos habla de su poder fulminante, dominante, aniquilador, así como de su fuerza atractiva y seductora, su capacidad para despertar respeto y veneración, incluso temor (el temor sacro, lo que en la doctrina cristiana se llama “el temor de Dios” y que hace a la persona recta y religiosa “temerosa del Altísimo”).

En la atmósfera típica de la Navidad el rojo y el blanco de la sacralidad envuelven al verde de la vegetación, el verdor de los árboles y plantas de hoja perenne, símbolo de la vitalidad de la Naturaleza, como para indicar el retorno de la visión sagrada de la realidad. En la Navidad vuelve a nosotros, como una bendición del Cielo, como un don de Dios, la cosmovisión sagrada, la visión sacral de la vida y del mundo, una cosmovisión en la que nosotros mismos estamos incluidos.

Pasemos ahora a analizar con algo más de detalle el simbolismo de ambos colores. Para descubrir el significado profundo de la Navidad resulta indispensable comprender el significado simbólico de estos sus dos principales colores simbólicos.

## **Simbolismo del color blanco**

El color blanco simboliza la luz, la claridad, la sabiduría, la verdad, la paz, la alegría, la felicidad, la pureza, la bondad, la inocencia, la ingenuidad, el candor. Es decir, todo lo que va asociado al guna *satva* y a lo sátvico. Y por lo tanto, además de los valores y cualidades que acabamos de enumerar, conceptos y valores tan importantes como los siguientes: el ser, la autenticidad, la serenidad, la centralidad, lo uránico y olímpico, la elevación del ánimo, la altura celestial, la mirada limpia y objetiva, la nobleza, el honor, la espiritualidad, la interioridad, la sacralidad y la santidad.

El color blanco nos habla también de primordialidad, conexión con la primordial o con el origen. El blanco es el color del mundo de los orígenes, del Paraíso primordial, como ya hemos explicado al hablar de la remota herencia nórdica y polar latente en las festividades navideñas. En otras palabras, el color simbólico del mítico Continente hiperbóreo, del legendario Shambala. De ahí que suela ser llamado frecuentemente “la Ciudad blanca”, “la Tierra blanca”, “la Montaña blanca” o “la Isla blanca”. Desde el Polo, desde la lejana Patria primordial, desde la cima del mundo, viene en estos días un aire blanco y puro que nos renueva por completo.

El significado del color blanco como símbolo de brillantez, resplandor y luminosidad se halla claramente indicado por el origen etimológico de la palabra “blanco”, que viene de la raíz germánica *blank*, en la cual se hallan comprendidas las ideas de brillar o resplandecer. Dicho vocablo germánico existe todavía tanto en inglés como en alemán. En la lengua alemana, el adjetivo *blank* significa brillante, reluciente, lustroso, bruñido o pulido. En algunos casos puede significar también “blanco”, “en blanco” o “sin blanca”: así por ejemplo: *blanke Waffe* (“arma blanca”), *blank sein* (“estar sin blanca”, no tener nada de dinero); *eine blanke Seite* (una página en blanco, sin escribir). La expresión *blank putzen* puede traducirse como “sacar brillo” o “dar lustre”.

De forma semejante, en inglés el adjetivo *blank* sirve para decir que algo está en blanco, liso, pálido, sin color, vacío, sin adornos, sin expresión, carente de sensaciones de emociones. Así, por ejemplo, tenemos las expresiones: *a blank check* (un cheque en blanco); *a blank verse* (un verso blanco o suelto); *to leave blanks* (dejar espacios en blanco); *a blank mind* (una mente vacía, que se ha quedado en blanco); *a blank piece of paper* (una hoja de papel en blanco, sin escribir). El adjetivo “blanco” nos indicaría aquí, más que la acción de brillar, la idea de vaciedad, de limpieza total, de disposición para recibir cualquier contenido o mensaje, el estar dispuesto a llenarse con el contenido que se vaya a verter sobre ese espacio en blanco o esa mente vacía. No está esto exento de relación con la idea de brillantez, pues las voces *blank* y *blanco* pueden aplicarse a algo que, como suele decirse, “brilla por su ausencia”, o que resplandece por su positiva vaciedad y su limpia pureza; una vaciedad y una pureza que significan receptividad y disponibilidad, presteza para escuchar, mirar, acoger, aprender y asimilar.

Hay que señalar, por otra parte, lo que tiene especial relevancia para el tema que estamos tratando, que la voz inglesa *blank* tiene como sinónimos los adjetivos *pure*, *sheer* y *absolute*. Todos los cuales, contienen el sentido de “puro”, “completo”, “total”, “absoluto” (en sentido positivo o negativo). Por lo que se refiere al adjetivo *sheer*, que proviene de la raíz germánica *ski*, en la cual se halla contenida la idea de brillantez o resplandor (de la misma raíz deriva el verbo *shine*, “brillar”), se añaden significados como “fino”, “verdadero”, “cabal”, “transparente”, “traslúcido”, “diáfano”, “consumado”, e incluso “vertical” y “escarpado” (como en el caso de un risco o un acantilado, aludiendo a su altura y verticalidad). Siempre con la idea de algo genuino o sumamente potente. Así, por ejemplo: *it is sheer nonsense* (es un puro desatino o un puro sinsentido); *by sheer force* (a viva fuerza o por pura fuerza); *she won by sheer luck* (ella ganó por pura suerte). Como adverbio, la voz *sheer* tiene el significado de “completamente”, “directamente” y “perpendicularmente”. Por su parte, el adjetivo inglés *absolute*, además de “absoluto”, contiene las acepciones de “rotundo”, “completo” y “perfecto”. Ni que tiene que como sustantivo, con mayúscula, *Absolute* significa “lo Absoluto”.

Esa vaciedad receptiva, esa pureza translúcida, ese estar en blanco para recibir la impronta de un mensaje sumamente delicado que desciende verticalmente desde el Cielo, es lo que propicia el ambiente de *sheer whiteness*, de puro blancor, propio de la Navidad. La limpieza y transparencia que dicho ambiente crea en nuestro interior hace que todo nuestro ser brille por la ausencia o carencia de todas aquellas cosas de las que nos hemos ido desprendiendo bajo el influjo de la magia navideña. Nuestro ser, al abrirse y vaciarse, se torna no sólo diáfano, sino también completo, lustroso y vertical, con una verticalidad que le hace semejante a un escarpado y elevado acantilado de mármol blanco que se alza sobre el mar del Samsara y en el cual los pájaros, con su vuelo evocador de influencias celestiales, pueden anidar y encontrar refugio.

Así como el blanco es el color simbólico de la tendencia sárvica, el rojo y el negro son los colores simbólicos de las otras tendencias cósmicas: la rajásica y la tamásica. Aclaremos, a este respecto, que de estas tres tendencias cósmicas, que se hallan presentes en todo lo real y en cualquier manifestación de la existencia universal, la sárvica va ligada al mundo del ser y de la luz: es la tendencia anagógica y centrípeta, o sea, la que se orienta hacia lo alto y hacia el centro, presentándose por ello como la inclinación positiva, virtuosa, afirmadora, iluminadora y enaltecadora. La rajásica, en cambio, es la tendencia expansiva, horizontal y centrífuga, que se expresa como energía activa, fogosa, pasional, agitada e incluso violenta. Por último, la tamásica es la tendencia descendente, que se orienta hacia abajo, hacia la oscuridad, hacia la Nada y el No-ser. Lo tamásico va, pues, ligado a la inercia, la tristeza, la somnolencia y el sopor, el desánimo, el pesimismo, lo deprimente, lo masivo y pesado. Con estas breves indicaciones se comprenderá mejor el contenido simbólico del color blanco.

El blanco sárvico indica verticalidad, completitud, plenitud, totalidad, perfección, unidad plenamente lograda. Es la verticalidad que supone dirección hacia lo alto, hacia la trascendencia, con la mirada puesta en el horizonte celestial, pero también apertura de la mente y el ánimo para escuchar el mensaje que viene de lo alto, para recibir y acoger la gracia que desciende del Cielo (con esa perpendicularidad simbólica que señala al Eje que une Cielo y Tierra). Sólo esa verticalidad sárvica puede asegurar la unidad y plenitud de la vida. La actitud vertical significa un estar abierto a la influencia de lo espiritual. Es un estar en pie o ponerse en pie para recorrer el camino y cumplir la misión que nuestra naturaleza espiritual exige de nosotros. Es un estar en pie, no tumbado ni caído, en el puesto que Dios nos ha asignado dentro del Orden universal, en postura afirmadora, serena y despierta. Permanecer en pie, como un faro que ilumina y orienta, en medio de la oscuridad de la noche, cuando las tinieblas parecen apoderarse de la existencia.

Todo esto tiene una gran importancia para el tema que estamos tratando, pues la Navidad es un tiempo esencialmente sárvico. Todo en ella adquiere un carácter sárvico. La tendencia sárvica se afirma y expande en ella de forma irresistible. Lo rajásico y lo tamásico retroceden, sometiéndose por completo a la tonalidad sárvica que en tales fechas es la dominante, como debería ser en la vida cotidiana. Veremos a continuación algunos significados simbólicos más del color blanco, todos los cuales son una clara expresión de la tendencia sárvica.

Como tiempo sárvico que es, la Navidad anuncia la victoria del Ser, el triunfo de “la luz del Ser”. En la Navidad el Ser se afirma sobre el devenir, al que imprime orden, significación y sentido, impidiendo así que el puro y caótico devenir nos arrolle, nos anule, nos triture y nos desgarré. La Navidad proclama asimismo el triunfo del Ser sobre la Nada, sobre el *Nihil* o No-ser, ese *Nihil* destructor y anulador tan caro a las corrientes nihilistas. La blancura sárvica del Ser se alza victoriosa sobre la negrura tamásica del No-ser y de la Nada.

El blanco nos habla de inteligencia, de intelectualidad, de conocimiento y consciencia, de objetividad e imparcialidad, de ideas claras y pensamiento recto, y por tanto de sagacidad y sabiduría. En alemán hay una estrecha relación entre los conceptos de “blancura”, por un lado, y “saber” o “sabiduría”, por otro. Así resultan idénticos, tanto en la pronunciación como en la ortografía, el adjetivo *weiss* (“blanco”) y la forma verbal *weiss* (presente de indicativo del verbo *wissen*, “saber”: *ich weiss*, “yo sé”; *er weiss*, “él sabe”). Hasta tal punto es esto así, que la palabra para decir “sabiduría” (*Weisheit*) se convertiría, literalmente, en algo así como “blanquidad” o “blancura” (*Weissheit*) añadiendo simplemente una *s* a la primera sílaba. *Der Weise* significa “el sabio”, mientras que *der Weisse* es “el blanco” (o sea “el hombre de raza blanca”). *Weisse Weihnachten* es “Navidades blancas”, y *weise Weihnachten* sería “Navidades sabias”. Señalemos que los Reyes Magos suelen ser llamados en la lengua alemana, además de “los Tres Santos Reyes” (*die Heiligen Drei Könige*), “los Sabios que vienen del Oriente” (*Die Weisen aus dem Morgenland*).

El color blanco es también símbolo de esencialidad, centralidad, intimidad, medida, equilibrio, concentración, postura axial, situarse en el centro o justo medio. No hay color que mejor simbolice el Centro de la vida, el Centro de la realidad, el Centro que hace posible la paz, la unidad, la armonía y el equilibrio. La idea de Centro es consustancial a lo sárvico, que se corresponde como hemos dicho con la tendencia centrípeta, con el ir o estar orientado hacia el centro, con el estar centrado, con el saber concentrarse, con la centralidad serena que une, armoniza e integra sin oprimir, sin crear rigideces ni tensiones tan innecesarias como nocivas (lo contrario del centralismo asfíxiante y opresor).

Por eso usamos la expresión “el blanco de la diana” para referirnos al centro de la diana al que apuntan las flechas que dispara el arquero. “Dar en el blanco” es “dar en el centro”, lo que significa acertar, no fallar, no desviarse ni equivocarse, no errar el tiro. Estar centrado, descubrir el Centro en torno al cual todo gira y unirse a él, es dar en el blanco de la vida. He aquí la clave de la Sabiduría: encontrar el propio centro, en el que se refleja el Centro supremo de la existencia, y hacer girar en torno a él la propia vida, en vez de ignorarlo, de alejarse y huir estúpidamente de él, como suele hacer, con su soberbia y su ignorancia características, el moderno hombre prometeico.

A esto nos invita precisamente la Navidad: a buscar el Centro perdido por nuestra inconsciencia y banalidad, a recuperarlo, a conocerlo y amarlo, para que así nuestra vida fluya con el ritmo cósmico y recobre su sentido. El tañido de las blancas campanas de la Navidad nos hacen despertar de nuestro sueño existencial para fijar de nuevo nuestra mirada en el Centro divino, el Sol que alumbra con su luz y su calor la realidad universal, el Corazón del que mana la sangre que mantiene vivo el entero organismo de la Creación.

Como complemento indispensable de ese significado de centralidad, el color blanco expresa el ir a lo esencial, la búsqueda de la esencia, el núcleo, la médula o el meollo en todas las cosas. Lo cual, a su vez, implica sencillez, seriedad, veracidad, objetividad, limpieza de alma, apertura mental, ser claro y conciso, no ser rebuscado, no perderse en florituras superfluas. Huir de lo farragoso, lo superficial, lo grosero, lo banal y trivial. Simboliza asimismo la autenticidad que resulta de ese buscar siempre la esencia y lo esencial. Y con respecto a este concepto, conviene aclarar que la autenticidad significa dejar que en nuestros gestos, palabras, acciones y actividades se manifieste la propia esencia, el propio centro íntimo, para lo cual dicho centro ha de verse previamente afirmado y afianzado.

El blanco es también el color de la nieve, que además de evocar la imagen de los paisajes nevados de las tierras nórdicas, árticas o polares --despertando así el recuerdo del *Urzeit*, del tiempo primordial--, trae a la mente todo lo que la nieve significa, en su simbolismo positivo, como expresión de pureza, de limpieza, de pulcritud, de candor e ingenuidad, de virginidad, de belleza impoluta e intacta, de integridad primordial. No puede dejar de mencionarse que el blancor de la nieve simboliza asimismo la luminosidad, el resplandor y el brillo del Sol, por la intensidad con que sobre ella se refleja la luz solar, tan fuerte que puede llegar a cegar momentáneamente y a quemar la piel. La nieve viene a ser como un espejo que refleja con fuerza el fulgor del Astro Rey.

La nieve, por otra parte, atrae de manera especial a los niños, que disfrutan de manera especial con ella. Les incita a jugar de mil maneras y a manejarla con gran alegría. En cada uno de nosotros, ¿no hemos sentido alguna vez cómo la contemplación de la nieve despierta al niño que llevamos dentro? Lo cual nos remite al simbolismo del blanco como color simbólico de la edad infantil, punto que trataremos a continuación.

En el albo y nivoso ambiente simbólico de la Navidad resuena una llamada silenciosa y poética que nos llama a una renovación de la consciencia. Nos pide que despertemos a una forma de vida más consciente, que dejemos de estar dormidos o aletargados, para así poder vivir en plenitud, con mayor lucidez y sensatez, dándonos cuenta cabal de quiénes somos, que hemos venido a hacer a la vida, cuál es nuestro destino y nuestra misión. Dándonos cuenta igualmente de todo lo que sucede, vive y palpita a nuestro alrededor, con profunda empatía y una completa apertura mental. Esa renovación de la consciencia que nos pide la Navidad, y que nos hace ser más sensibles a cuanto nos rodea y cuanto ocurre dentro de nosotros mismos, lleva a su vez consigo, por supuesto, un reforzamiento de nuestra conciencia moral, que nos llevará a buscar siempre el bien y evitar el mal, en cualquier forma que se presente.

Puesto que hemos dicho que el blanco es el símbolo de la pureza, la inocencia, el candor y la ingenuidad, podemos ver en él también el color simbólico de la infancia. La Navidad es ciertamente un tiempo de infancia, un período del año infantil por excelencia. Son días propicios para la niñez, como destinados para que los vivan los niños y quienes como niños se sienten. Y en los cuales los chiquillos se sienten felices. En estas fechas, que los niños viven siempre con especial intensidad y con gran ilusión, todos nos sentimos un poco más niños al contagiárenos el entusiasmo, la ilusión y la alegría de los más pequeños. Todos renacemos a un mundo más blanco, lleno de inocente gozo, como tocado por la mano de nuestro ángel de la guarda.

Este significado del blanco navideño como color emblemático de la infancia no deja estar esto relacionado con lo que antes apuntábamos sobre el blanco como color simbólico del Origen, del Centro mítico que fue cuna de nuestros remotos antepasados, del Paraíso ancestral y originario, de la Era primordial o “Edad de oro”, pues tal “Edad de oro” o “Era blanca” (reino de paz y sabiduría) se perfila, de acuerdo a la doctrina tradicional, como la infancia de la Humanidad, el estado inicial, ideal y perfecto en el cual el género humano inició su existencia.

En este sentido, la Blanca Navidad viene a contener un claro mensaje de retorno a la infancia. Con su nivea blancura nos invita e incita a recuperar nuestra infancia espiritual, nuestra niñez interior, siguiendo el consejo evangélico: “Si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los Cielos”. Mensaje que volvemos a encontrar en Lao-Tse, cuando compara al Sabio, o sea, a la persona espiritualmente despierta y plenamente realizada, con un niño recién nacido, al cual nada ni nadie puede dañar en virtud del poderío de su inocencia, que le hace vivir en armonía con el Tao y, por tanto, con la totalidad de la vida.

El auténtico espíritu navideño implica eso que los grandes poetas --pensemos en Novalis o Thomas Traherne-- han sentido siempre como un gran anhelo: el retorno de la Edad de oro, el volver a la vida plena y feliz del Paraíso primordial. El sentir como vivencia íntima y honda experiencia vital el fluido áureo de aquella “Era del Ser” (*Sat-Yuga*) o “Era de la Verdad” (*Satya-Yuga*) en la que el hombre vivía en armonía con Dios y con la totalidad de la Creación.

En el color blanco podemos ver, por último, el símbolo del resplandor de la Trascendencia, de la excelsitud de la Divinidad, de la pureza y plenitud de lo Absoluto. Si observamos con atención lo que la Sabiduría tradicional, y en especial su doctrina metafísica, nos enseña, veremos que los tres conceptos o atributos que intervienen en la fórmula vedantina con la cual se describe la esencia del *Brahman* o Absoluto, *Sat-Chit-Ánanda*, se hallan simbolizados por el color blanco, a tenor de todo lo que antes hemos dicho: *Sat* es el Ser (de donde derivan precisamente las voces “satva” y “sátvico”), *Chit* es la consciencia y el conocimiento, y *Ánanda* es la Beatitud, Felicidad o Alegría (lo que en inglés se designa como *Bliss*, el estado dichoso, beato y bienaventurado que va unido al ser y al conocer cuando éstos se dan en plenitud).

## Simbolismo del color rojo

Dirijamos ahora nuestra mirada al otro color típico de la Navidad: el color rojo.

Como color que es del fuego, del corazón y de la sangre, el rojo simboliza el amor, la pasión, la caridad, la afectividad, la fraternidad, el eros, el pathos, el entusiasmo, y también el coraje, la valentía, la fogosidad, el ardimiento (palabra significativa, que indica un arder), el ánimo combativo y luchador, el espíritu de sacrificio. En este sentido, el color rojo simboliza la fuerza que une, armoniza, reconcilia, vivifica, busca el bien, despierta y potencia la creatividad; pues eso es el amor auténtico.

Siendo el color del amor, en el rojo está plasmado y representado todo aquello que va ligado, de un modo u otro, a la acción de amar y querer: el afecto, el cariño, la caricia, la ternura, la cordialidad, la amabilidad, la concordia, la amistad, la simpatía y la empatía. El rojo nos habla de un aliento entrañable, un calor hogareño, un abrazo que nos hace sentirnos acogidos y queridos. Pero también de la voluntad que quiere bien, la voluntad que quiere con fuerza y firmeza, el ánimo voluntarioso y decidido, la buena voluntad y la fuerza de voluntad.

Por ser el color de la sangre, el rojo simboliza también la vida, la energía vital, el vigor existencial, la savia vivificante (ya sea en personas o cosas, como por ejemplo en instituciones y creaciones de la cultura). El rojo evoca y sugiere vitalidad, vida intensa y sana, fertilidad, fecundidad, exuberancia, riqueza vital. El tono rojizo o rubicundo en las mejillas solemos considerarlo un signo de salud y fuerza vital.

El rojo, por ser el color típico del guna *rajas* (o sea, de la tendencia rajásica), es además, el símbolo de la acción, la actividad, la energía, el ímpetu, el brío, el poder o el poderío, la decisión y la tenacidad, la fortaleza, el temple enérgico, la fuerza que vence todos los obstáculos. En el rojo se hace patente la fuerza calórica capaz de transformar las cosas, de forjar y dar forma incluso a los metales: para darles forma se les pone al rojo vivo en la fragua. Como color de la pasión y de la acción, el rojo expresa la pasión noble y bien encauzada que nos lleva a hacer cosas grandes, a crear obras de gran belleza, incluso a realizar gestas heroicas y grandiosas: no puede hacerse nada hermoso, noble y grande en la vida sin pasión.



Como símbolo de lucha, de acometividad, de acción combativa y esfuerzo guerrero, el color rojo se nos presenta como el emblema del Sol Invicto, que vence con su luz a todas las fuerzas que intentan oponérsele y cuyo renacer se celebra en el Solsticio de Invierno. En dicho color se halla plasmado el espíritu combativo del Sol que, con su potencia ígnea, lucha contra las tinieblas y contra las fuerzas enemigas de la vida, contra las potencias del caos y el desorden.

Por ser el color rajásico por antonomasia, el rojo va asociado a la realeza, la majestad, la soberanía, el poder regio, lo que en la india recibe el nombre de *Raj*. No en vano la voz de origen sánscrito “rajá”, adoptada por la lengua española, que es el título que recibían los reyes o reyezuelos de la India, es muy similar al español “rojo”. Todos conocemos desde niños los relatos sobre los rajás de la India y hemos utilizado seguramente alguna vez el popular dicho “vivir como un rajá”. En tono más culto y elevado cabe hacer mención del *Raja-Yoga*, “Yoga real o regio”, que es una de las ramas más importantes del Yoga, en la cual se pone especial énfasis en el adiestramiento de la mente y de la fuerza espiritual. Cabe recordar también la célebre región del Noroeste de la India llamada Rajastán, cuyo nombre significa “tierra de reyes”. Las voces sánscritas *raj* y *raja* (en las que la j se pronuncia como y) se hallan emparentadas con la española “rey”, así como con el latín *regis* (genitivo de *rex*) que está en su origen etimológico. Obsérvese la semejanza entre el plural “rajás”, no sólo con el plural español “reyes”, sino también con el nombre del guna *rajas*, que rige en la tendencia rajásica.

Aquí vuelve a aflorar el significado solar del rojo, pues por un lado tenemos el blanco sátvico, que simboliza la energía del Sol en su pureza luminosa e irradiante, y, por otro lado, el rojo rajásico, sobre todo en el sentido de “real” o “regio”, en el que queda plasmada la energía del Sol como Rey celeste, como Astro Rey, que con su fuego y su calor, con sus rayos rojos que son sangre de vida, reanima la existencia cósmica.

El rojo es, por lo tanto, el color de los reyes y de la realeza. La palabra “realeza” ha de entenderse aquí, por cierto, en sus dos posibles acepciones, que recoge el diccionario: 1) la realeza como “dignidad o soberanía real”, “magnificencia y grandiosidad propias de un rey”; 2) como forma antigua, caída en desuso, sinónima de “realidad”, “existencia real”, lo que ocurre o existe verdaderamente. El rojo es color “real” en el doble sentido de dicho adjetivo: “regio” y “auténtico” (conforme a la realidad, ajustado o apegado a la realidad). En este último sentido usamos el sustantivo “realismo” y adjetivo “realista”, en cuanto designan una actitud que se atiene a la realidad (aunque ambas voces, realismo y realista, pueden usarse también para referirse a una postura política consistente en la defensa de la monarquía).

A la actitud realista en cuanto amor a la realidad, respeto de la realidad, deseo y esfuerzo para verla de forma objetiva, afirmación imparcial de lo real, cuadra muy bien el color rojo como distintivo simbólico. De ahí que se suela usar la expresión “poner algo al rojo vivo”. Este poner al rojo vivo las cosas -- como si se tratara de una labor de forja intelectual semejante a la que el herrero lleva a cabo al trabajar el hierro, haciendo que se torne rojo e incandescente-- significa mostrar su realidad, hacer que brote su secreto más íntimo y sus posibilidades más recónditas.

En la tradición cristiana el color rojo es el símbolo de Cristo, el Verbo encarnado, el Logos divino, el Sol eterno, el Hijo celestial que con su sangre va a redimir al mundo y cuyo nacimiento se celebra precisamente en la Navidad. Obsérvese, por cierto, ya que hemos mencionado los títulos de Hijo y Sol, la similitud gráfica y fonética entre las voces inglesas correspondientes a esas dos palabras españolas: *Son* y *Sun*, cuya pronunciación es prácticamente idéntica (*san*). El color rojo es el símbolo de Cristo-Rey, el emblema de su majestad y realeza, el distintivo de su solaridad.

Rojo es el color del Amor o la Caridad que Cristo encarna y predica; rojo es el color de su Pasión; roja es la túnica con que es escarnecido con mofa cruel; rojo es el color del Calvario. Rojo es el Sagrado Corazón, emblema del Rey del Universo, representación simbólica del Centro supremo que sostiene la totalidad de la Creación con su Amor y su Sabiduría. En la iconografía cristiana el Sagrado Corazón ha sido siempre representado como un rojo corazón ardiente del que emanan rayos de luz (de color blanco o amarillo, símbolo de la Sabiduría divina), y llamas de fuego (de color rojo, símbolo del Amor divino).

Además de los significados antes expuestos, el color rojo viene a ser símbolo de radicalidad, en la acepción ordinaria que se da a este término en el lenguaje coloquial, como inclinación al maximalismo, a la intransigencia y las posturas extremas, pero también en el sentido etimológico de tendencia a ir a la raíz de las cosas, a conectar con la Raíz, lo que es tanto como decir con el Principio. Recordemos que en el Taoísmo chino el Tao, la Divinidad o Realidad suprema, es designada a menudo como “la Raíz”; es decir, la Raíz que da la vida a todo cuanto existe, de la que todos los seres se nutren y en la que todas las cosas deberían estar arraigadas.

Con respecto a este último punto es interesante señalar que en el sistema hindú de los chakras, que describe los centros de energía del organismo anímico humano, el chakra primero, que está en la base y constituye por así decirlo el fundamento del sistema, llamado *Muladhara*, nombre que significa “chakra raíz”, por ser el que conecta con la Tierra, es de color rojo. A este chakra van ligados aspectos de la vida, inclinaciones y actitudes como las siguientes: nutrición, sexualidad, libido, arraigo, instinto de supervivencia, tener los pies firmemente asentados sobre el terreno, apego a lo material, sentido de la propia identidad, postura de radical realismo (entendido sobre todo en su aspecto más burdo y elemental), así como un no quedarse en lo superficial, no contentarse con medias tintas.

Cabe precisar que ese ir a lo fundamental, a lo esencial, a la raíz o la esencia de las cosas, es un rasgo típico de la tendencia sárvica, por lo cual viene a ser también un elemento asociado al simbolismo del color blanco. En el caso del color rojo, como puede apreciarse en el chakra *Muladhara*, cabría decir que se trata de un enraizamiento en lo natural, en la Tierra, en la Vida, en la realidad cósmica, mientras que en el color blanco se trata de un enraizarse en lo trascendente, en el Cielo, en la Fuente de la Vida, en lo Divino y Eterno. En uno y otro caso, nos encontramos con una actitud exigente que va más allá de las apariencias, que busca atenerse a lo real o, como suele decirse, “a lo que es”. Al unirse ambos valores simbólicos, tenemos la misión axial del ser humano como ser que une el Cielo y la Tierra, restableciendo la armonía entre ambos polos de la existencia.

En relación con el simbolismo del cuerpo humano, el rojo se nos presenta, según hemos dicho, como el color del corazón y de la sangre, pero también de la boca, los labios, la lengua y la garganta, y por consiguiente podríamos considerarlo como símbolo: 1) de la voz, la palabra y el don del habla; 2) del paladar y el sentido del gusto. Nos indica de forma alegórica la boca que sabe paladear los alimentos y apreciar el gusto de las cosas, distinguirlas, saborearlas y asimilarlas. La boca que sabe de sabores, que sabe distinguir unos sabores de otros (aceptando los buenos y rechazando los malos), que es capaz de captar con limpieza y sin sombra de engaño a qué saben las cosas, sucesos o hechos que experimentamos en nuestra vida cotidiana. En eso consiste la Sabiduría: en un saber de sabores, un saber saborear los dones y las riquezas que la Vida nos ofrece. Es, en sentido metafórico, la boca que come y asimila la Verdad, que devora el pan o el alimento que viene del Cielo: “el pan nuestro de cada día”, que se pide en el Padrenuestro, según Cristo lo enseñara.

El rojo es también el color de los labios que besan, expresando el amor, el afecto y el cariño. Los labios que, además, hablan, ríen y sonríen. En los labios se plasma la sonrisa, que es como un amanecer del Sol sobre el rostro humano (un *sunrise*, que se diría en inglés, con voz curiosamente tan similar a nuestra palabra “sonrisa”). Y en esa apertura o eclosión solar que es la sonrisa afloran asimismo, muy a menudo, los dientes con su blancura, como si fueran perlas que adornan esa puerta del ser personal que es la boca. Y aquí, por cierto, aparece de nuevo la conjunción del blanco y el rojo.

No cabe duda de que la boca y los labios, junto con la lengua y los dientes, con su capacidad de hablar, besar y sonreír, o, lo que viene a ser lo mismo, de expresar el interior de la persona, sus emociones y sus sentimientos, su pasión o su sentirse atraída, su capacidad de amar, de querer y ser querida, constituyen el aparato erótico por excelencia. Al que habría que añadir los ojos, con su capacidad de ver y mirar, y las manos, con su habilidad para tocar, coger, agarrar, abrazar y acariciar. Lo erótico encuentra así su símbolo en el color rojo o, si se prefiere, en la síntesis de los colores rojo y blanco, tan patentes en la sonrisa amorosa, cuyo vivo y luminoso colorido rojiblanco los ojos saben captar y apreciar, respondiendo a ella con la mirada, con un mirar tierno y cómplice, asimismo amoroso y sonriente, que es a la vez respuesta, incitación y caricia visual.

A lo dicho sobre el papel erótico que corresponde a la boca como órgano del habla y la comunicación, habría que añadir una función complementaria de la misma que cobra una especial relevancia y en la cual interviene la otra componente simbólica o alegórica de la boca a la que nos hemos referido: la capacidad de saborear las cosas, de comerlas y gustar de ellas. En el lenguaje erótico, en efecto, se suelen usar expresiones como “devorar a la persona amada” o “devorarla a besos”. El amante desea y busca no sólo besar a la amada (o viceversa), intercambiar besos con ella encontrándose los labios de ambos, sino que desearía también saborearla, comerla y gustar de ella, como si fuera un exquisito manjar. Siente el deseo o impulso de morderla, comerla y devorarla para penetrar en ella, para sentirla dentro, para hacerla parte del propio ser y fundirse con ella. De ahí que se diga a veces: “te voy a comer”. Franz von Baader, apodado con razón “el filósofo del amor”, hablaba, en este sentido y de forma alegórica, de la componente “caníbal”, devoradora, que se halla presente en el fondo de todo amor profundo y que en el Cristianismo se concretaría en el sacramento de la comunión.

Por todo lo que acabamos de ver, el color rojo, según antes anticipábamos, se nos presenta también como símbolo de la palabra, del verbo, del lenguaje, de la poesía, de la vibración sonora de las ideas y los sentimientos, de la comunicación interpersonal, del diálogo (diálogo entre personas y diálogo de éstas con la realidad). El rojo nos habla de la palabra, ya sea hablada o escrita, que surge como vehículo de amor y de entendimiento, el logos amoroso, creador de unidad y de concordia. Es el verbo o logos cálido que acaricia con su sonido elocuente, con su palpitación cordial, estableciendo vínculos con lo real y uniendo a la persona con el mundo que la rodea. Es la voz entrañable que brota del fondo del ser, del corazón y de la inteligencia, mandando un mensaje de amor, de unidad y de armonía.

¿Habrá alguna relación entre el inglés *red*, “rojo”, y el alemán *reden*, “hablar”? En este verbo teutónico parece como si la rojez del adjetivo inglés adoptara una forma verbal, como si quisiera decir “rojear” para decir “hablar”. En la lengua inglesa existe también, por cierto, el verbo *redden*, que significa “enrojecer”, “teñir de rojo” o “ponerse colorado” (ruborizarse). En la lengua alemana tenemos, por otra parte, el sustantivo femenino *Rede*, que contiene múltiples acepciones, todas ellas relacionada con la palabra y el habla; pues puede significar “lenguaje”, “discurso”, “dicción”, “palabras” (que alguien dice o pronuncia), “manera de expresarse”, modo de hablar”, etc. Así, por ejemplo, en las locuciones siguientes: *wovon ist die Rede?* (“¿de qué se trata?” o “¿de qué se está hablando?”), *das ist nicht der Rede wert* (“no merece la pena hablar de ello”). Cabe citar también algunas ilustrativas palabras compuestas: *Redekunst* (oratoria, arte de hablar), *Redefreiheit* (libertad de expresión o de palabra), *Redefigur* (metáfora, figura de dicción), *Redefluss* (locuacidad, verborrea).

Esta expresiva raíz germánica la podemos encontrar, sin ir más lejos, en el nombre del famoso rey visigodo Recaredo, que tiene un origen germánico, como es lógico y natural en este antiguo pueblo, el pueblo godo, llegado a España desde el centro de Europa. Su significado es “hombre de rica palabra” (*rike* = rico, *rede* = palabra o discurso). En sueco nos encontramos igualmente el verbo *reda*, cuyo significado es “aclarar” o “sacar en claro” (*reda ut*), así como “darse cuenta” (*göra sig reda för*); como sustantivo, *reda* puede significar “orden” o “claridad”. Pero, además de estos elocuentes paralelismos, la palabra inglesa *red* presenta otra coincidencia significativa y asimismo ligada a la idea del lenguaje, esta vez dentro de la misma lengua anglosajona: el verbo *to read*, “leer”, y más concretamente en su pretérito y participio irregulares, *read*, que se pronuncia “red”, igual que el adjetivo usado para decir “rojo”.

La conexión entre el término usado para designar el color rojo y algunas voces en las que se plasma la idea de la voz, la palabra o el lenguaje, se refleja en otros vocablos de las lenguas germánicas. El *rot* alemán (“rojo”) guarda una gran semejanza con *Rad* (“consejo”), una orientación o advertencia que se da palabra. El paralelismo o similitud se da también en otras lenguas germánicas: en holandés tenemos *rood* (“rojo”) y *raad* (“consejo”); en sueco *röd* (“rojo”) y *råd* (“consejo”); en danés *rød* (“rojo”) y *råd* (“consejo”). Una vez más parece insinuarse el parentesco entre el color rojo y la palabra que ayuda, que conforta, que aconseja y apoya.

No hay que olvidar, por supuesto, la relación entre el corazón y la boca, la lengua o la palabra. Así lo expresa la sentencia bíblica: “De la abundancia del corazón habla la lengua”. El color rojo nos remite así a la lengua a través de la cual se expresa el corazón, se revelan y hacen sonoramente visibles las propias entrañas. ¿Puede haber mejor color simbólico para expresar la palabra cordial que el rojo del amor y del corazón? No hay que perder de vista que la palabra española “cordial” viene precisamente del latín *cor*, *cordis* (“corazón”).

No iríamos descaminados si imagináramos el lenguaje como un escribir rojo sobre blanco en el libro de la vida, plasmándose en esa escritura roja la sangre del alma, tanto de nuestra inteligencia, de nuestras ideas y pensamientos, como de nuestros sentimientos y nuestras emociones. Sobre las páginas blancas que me presenta la vida voy escribiendo con la tinta roja de mi alma, creando así mi propio diario personal, que en ocasiones podrán leer los demás, pero que otras veces permanecerá secreto y sólo yo podré ojear y leer. Y este leer lo escrito en rojo sobre el libro de la vida y de la realidad nos lleva a recordar la semejanza antes apuntada entre las voces inglesas *red* (rojo) y *read* (leído).

La palabra es la sangre de la vida humana, de la vida personal, de la vida cultural, social y comunitaria. Cabría recordar las palabras de Nietzsche cuando afirmaba que sólo merecen leerse y tienen auténtico valor los libros escritos con sangre. En esta línea va también el siguiente soneto del poeta español Manuel Ramírez Escudero titulado *Para crear poesía*:

*Que sangre el corazón del que la escriba  
Y mane el sentimiento, como mana  
El divino licor de la fontana;*

Siendo el color simbólico de la palabra, el rojo sugiere la oblación, la promesa, el juramento, la entrega total a algo o alguien (a otra persona, a unos valores y unos principios, a una idea o un ideal), el empeño en conseguir algo, el compromiso libremente asumido que ata a la voluntad y crea vínculos sólidos entre los seres humanos. Es el símbolo de la palabra dada, la palabra de honor, la palabra que compromete y vincula desde lo más hondo del ser. Una palabra fuerte y vigorosa, en la que se plasma una voluntad afirmadora, capaz de cambiar y transformar la realidad. Una palabra sin la cual el verdadero amor no es posible y quedaría reducido a un volátil y huero sentimentalismo, sobre el cual no se puede edificar nada, como hoy vemos por desgracia tan a menudo en esta civilización individualista de lo banal y superficial.

Recapitulando todo lo hasta aquí dicho, podemos pues decir que en el color rojo están simbolizados la lengua que habla, la voz que llama y los labios que besan. La voz que llama al combate contra las fuerzas del caos y de la oscuridad. La voz que nos convoca y anima para recobrar y hacer efectiva nuestra aristía íntima (la aristocracia de nuestro ser), para reconquistar nuestra realeza interior. La voz sabia y amorosa que nos llama a ser como niños, recuperar nuestra infancia, con su ilusión, con su mirada mágica y poética, con su inocencia y pureza, con su confianza en la realidad, con su fe en los padres y en Dios como Padre-Madre.

El rojo navideño simboliza asimismo la caricia y el beso del Sol que me hacen recordar quién soy. Es el ósculo solar que nos hace despertar a una nueva vida, como el beso del Príncipe a la Bella Durmiente en el famoso cuento que todos conocemos desde niños y que tanto nos emociona. En dicho cuento el Príncipe representa justamente el principio solar, la fuerza renovadora del Sol, que con su beso lleno de luz y calor hace surgir una radiante aurora dentro del alma.

Al oír, leer o pronunciar la palabra inglesa *red* (rojo) viene a mi mente, aunque no tenga nada que ver con ella, la voz homónima española “red”. No en vano el lenguaje es una red de palabras, significados, signos y sonidos sobre la cual se articula nuestra vida como seres humanos, racionales e inteligentes. Esa red sonora, elocuente y llena de sentido, rebosante de claridad y belleza, que podemos imaginar como una red roja por el amor con que está tejida, amor que se extiende a través de las generaciones y a lo largo de los siglos, es la que nos permite vivir, proyectar nuestra vida, entender el mundo en que vivimos y entendernos a nosotros mismos.

La voz “red” me hace recordar la idea y la imagen budista de “la Red de Indra”, en la cual se hacen presentes muchos de los conceptos que hemos ido comentando en relación con el simbolismo del color rojo. La Red de Indra, que viene a ser una expresión simbólica de la realidad universal, es descrita en los textos budistas (sobre todo en la doctrina de la rama Kegon o Hua-Yen) como una compleja malla formada por infinidad de joyas o piedras preciosas que se hallan conectadas entre sí, al influenciarse recíprocamente por los destellos luminosos que emiten con su propio ser. Esas joyas son los seres que pueblan el Universo, cada uno de los cuales proyecta su luz sobre los demás, los cuales a su vez refractan esa luz que reciben para iluminar y enriquecer al resto de las cosas existentes. Los rayos que brotan de todos y cada uno de los seres vivientes, rayos que vehiculan por igual una potente carga de sabiduría y amor o compasión, son los hilos que entretejen el entramado de ese gran tejido reticular que es la “Red de Indra” dándole unidad y cohesión. Si imaginamos esta mística red como si estuviera formada por rubíes de los que partieran los rayos rojos de su propia naturaleza amorosa y compasiva para, al acariciar al resto de los rubíes que forman parte de la red, despertar en ellos esa misma naturaleza amorosa y compasiva, animándoles a irradiar después su propio resplandor de forma espontánea y generosa a la totalidad de lo existente, tendremos una imagen que expresa de forma sumamente elocuente lo que hemos dicho sobre el simbolismo del rojo como color navideño.

Podríamos también imaginar la Red de Indra como una red de pesca en la cual los seres humanos, junto con el resto de los seres que comparten con nosotros el don de la existencia y la vida, quedamos atrapados por el fulgor de lo Absoluto para alcanzar nuestra propia liberación. Esa red nos captura y atrapa, o nos enredamos en ella, como si fuéramos peces que son pescados para ser rescatados del océano samsárico. Figura ésta simbólica, del Dios o Espíritu pescador, que nos hace recordar la representación de Cristo como pescador de almas en la iconografía cristiana medieval. ¿No cobra este conjunto de imágenes poéticas y simbólicas un valor especial en las fechas navideñas?

La Navidad nos exhorta a vivir en red; es decir, a vivir en conexión, conectados con la totalidad de la Creación, estableciendo una relación sana, sabia y amorosa, con cuanto nos rodea. Nos llama a vivir en comunicación fluida, abierta, vivaz y sincera, con Dios, con la Naturaleza, con los demás seres humanos y con nosotros mismos. Gracias al espíritu de la Navidad volvemos a tomar conciencia de que no somos entes aislados, sino que formamos parte de la gran comunidad universal que es la Red de Indra. La vivencia navideña es una vivencia no sólo de renacimiento y renovación, sino también de reconexión, de reinsertión en el Todo al que estamos inseparablemente unidos. Y nos hace ver que únicamente a través de esa reconexión podemos alcanzar lo que vamos siempre buscando: la felicidad, la libertad y la paz auténticas.

## **Valor simbólico de la conjunción blanco-rojo**

Contemplados en su relación recíproca como colores que se combinan y unen para formar un todo cargado de especial significación simbólica, el blanco y el rojo presentan otras facetas que resultan sumamente elocuentes y que hacen aparecer bajo una nueva perspectiva algunos de los significados antes apuntados.

En este sentido, resumiendo mucho de lo anteriormente expuesto y a la vez ampliándolo, podemos decir que si el rojo simboliza la acción, la vida activa, el blanco simboliza la contemplación, la vida contemplativa; si el rojo simboliza el combate, el blanco simboliza la paz; si el rojo simboliza expansión y conquista, efusión y difusión, el blanco simboliza recogimiento (retiro, reflexión, retorno al propio ser); si el rojo simboliza la palabra, el blanco simboliza el silencio; si el rojo simboliza la comunidad unida por el amor, el blanco simboliza la soledad en la que el hombre se recoge silenciosamente para meditar; si el rojo simboliza el movimiento, el ajetreo e incluso la agitación (cosas todas ellas ligadas a la vida activa, el blanco simboliza la quietud, la tranquilidad y el reposo sereno.

El color blanco es el símbolo del recogimiento contemplativo, la meditación realizada en silencio, soledad y quietud. Es el recogimiento al que nos invita la atmósfera sagrada y simbólica de la Navidad. El recogimiento en el cual uno se encuentra a sí mismo, descubre su propia esencia y se reconcilia con su más íntima realidad personal (o transpersonal). El color blanco nos habla de la contemplación serena, quieta y sosegada, que es apertura a lo Absoluto y de la cual podrá surgir más tarde una acción diestra, recta y buena, perfectamente ajustada a la realidad y a la situación de cada momento; es decir, la verdadera, sana, correcta y diestra vida activa, simbolizada por el color rojo. Del blanco, pacífico y profundo recogimiento, que permite al ser humano conquistar la sabiduría o alta visión espiritual (*vidya*), brota el estallido de amor, el rojizo abrazo amoroso, unido a la firme voluntad de hacer el bien y esforzarse para que todo lo que se hace esté bien hecho.

El blanco simboliza el silencio que hace que la persona se concentre y profundice en su ser. El silencio que evoca y trae a nuestra alma de manera natural la visión de un paisaje nevado, en el cual ni siquiera se oyen las pisadas de los caminantes y la Naturaleza entera parece callar para escuchar la voz del Misterio. Es el silencio del que luego surgirá la palabra cálida, sincera, inteligente, acogedora, amorosa y creativa, sanadora, creadora de vida y de sólidas realidades vitales; la palabra comunicativa, forjadora de unidad y de entendimiento, simbolizada por el color rojo.

El blanco es también la quietud, una quietud que no es molicie, pereza, ociosidad malsana ni inmovilidad abúlica. Una quietud que no es tampoco pasividad anodina sino la forma más alta y noble de actividad, pues supone abandonar cualquier forma de agitación y de movimiento innecesario o parásito para cultivar la paz y la serenidad del ánimo. Quietud que viene a ser semejante a la quietud de la Naturaleza bajo la capa de nieve en el invierno, recogándose y preparándose para aflorar más tarde en el verdor de la primavera. Es la quietud contemplativa, que luego se traducirá en movimiento ágil, elegante y fluido, que marcha en consonancia con el ritmo cósmico; un movimiento que es verdadera danza existencial, como la que se halla simbolizada por la archiconocida imagen del *Shiva Nataraja*, “Shiva Señor de la Danza”, que representa a la Divinidad dirigiendo y haciendo surgir la danza cósmica en la que participa todo ser viviente.

Es esa quietud recogida que va después a estallar en expansión generosa, concretada en dádivas y regalos, como ocurre en las fechas navideñas. En un nivel más alto, el recogimiento espiritual acaba traduciéndose en donación de la propia vida, entrega del propio ser: dar a los demás no sólo lo que uno tiene y lo que uno hace, sino lo que uno es, haciéndoles desinteresadamente partícipes de la riqueza que el propio ser encierra y oculta. Actitud esta de entrega y donación que se halla magníficamente simbolizada por el navideño color rojo.

El color blanco simboliza asimismo ese tercer elemento de la meditación o contemplación, unido al silencio y la quietud, que es la soledad. Una soledad que también se halla evocada y sugerida por la blancura del paisaje nevado. Una soledad en la que no hay nada ni nadie que estorbe o distraiga, en la cual todo está blanco alrededor. Una soledad no enfermiza y egoístamente solitaria, sino una soledad solidaria y caritativa, en la que uno se siente unido a todo y a todos, en la cual uno encuentra la unión con el Todo universal. Una soledad que, con su tonalidad blanca, es la condición sine qua non para que el hombre se encuentre a sí mismo y pueda así integrarse en una comunidad, al cual presentará una tonalidad roja o rojiza como expresión simbólica de su entraña amorosa y comunicativa.

Es sobre la sólida base creada por la unión de silencio, quietud y soledad como se hace posible la paz auténtica, esa paz que se anuncia y se vive de forma tan entrañable en la Navidad. Únicamente con la mente, la actitud, el estado de ánimo y la forma de ser que forja la práctica meditativa o contemplativa asentada en la fusión de silencio, quietud y soledad podremos descubrir lo que significa la Red de Indra y experimentar de forma vívida lo que tal red mística y cósmica significa, consiguiendo así la vivencia plena de la Navidad.

Pero para lograr ese ambiente de silencio, quietud y soledad en el que consiste la contemplación será necesario un previo combate contra las fuerzas, inclinaciones e influencias tanto externas como internas que a ello oponen; ese combate simbolizado por el color rojo (la bandera roja como enseña de peligro y de lucha). Pero tras esta bandera roja del combate se alzará más tarde la bandera blanca de la paz, que señala el fin de toda hostilidad y todo conflicto. Será necesario alzar asimismo la bandera blanca de la rendición: rendición ante la Verdad, el Bien y la Belleza, que viene a ser una rendición ante la Divinidad. Una rendición que exige una gran dosis de valor y supone recepción sumisa del mensaje que viene de lo Alto.

¿Hay momentos más propicios para sentarse a meditar en calma y silencio que los que conforman el tiempo de la Navidad? Conviene tener presente, en relación con lo que hemos dicho sobre el blanco como color sátvico, símbolo del ser y la verdad (la voz sánscrita *Sat*, de donde deriva *satva*, significa “Ser”, derivando también de dicha raíz *Satya*, “Verdad”), que la meditación consiste en una pura sencillez, en la sencillez de ser o, si se prefiere, en la sencillez de ser y estar: estar en el presente, estar en el aquí y ahora, estar sin hacer nada, estar donde se tiene que estar y como se tiene que estar, estar en sí mismo, estar en el ser. Meditar es estar quieto, callado, en paz, tranquilo, abierto y vacío, sintiendo simplemente que se es, viviendo la fuerza y realidad del ser.

En la meditación no hay nada que conseguir, no hay nada que hacer, no hay nada que decir o que pensar. Se trata simplemente de ser. En la meditación contemplativa, lo que suele llamarse “meditación trascendental”, aflora en nuestro interior toda la blancura del Ser, quedamos inundados por el blanco resplandor del Ser. Tanto en la Navidad como en la meditación vibra el mandato claro, radiante y suave compendiado en la sílaba “¡sé! (*be!* en inglés; *sei!* en alemán; *soi!* en francés); lo que es tanto como decir: “sé quien eres”, “sé tú mismo”, “sé lo que estás llamado a ser y lo que eres en esencia”, “preocúpate ante todo de ser” (más que de aparentar, más que de hacer o tener), “descubre tu ser esencial”. La Navidad es un buen momento del año para hacer aflorar en la mente --meditarlas y rumiarlas, hacerlas resonar una y otra vez en nuestro interior-- tanto la afirmación “*Yo soy*” como la pregunta radical “*¿Quién soy yo?*”. Ambas fórmulas, la afirmativa y la indagadora, llevan consigo, especialmente en estas fechas navideñas, una llamada a renacer, un llamamiento a una nueva natividad.

La atmósfera sagrada, gozosa, íntima y recogida de la Navidad nos ofrece una magnífica oportunidad para descubrir nuestra verdadera naturaleza, para encontrar el *Self*, el Sí-mismo, el Ser, el Yo real o Yo profundo, que está en la raíz de nuestro ser y al que hemos dado la espalda durante mucho tiempo, quizá durante toda nuestra vida. Es el oportuno momento crítico para romper la lamentable inercia que nos ha dominado, despertar de nuestro letargo existencial y realizar el Ser-Consciencia-Beatitud (*Sat-Chit-Ánanda*) que en el fondo y realmente somos.

Otro interesante aspecto a destacar en estas reflexiones sobre el simbolismo de los colores blanco y rojo sería la relación entre autoridad y poder. Nos sale aquí al paso --dada la importancia que adquiere en la Navidad todo lo relacionado con la familia y la dimensión familiar-- la indispensable y siempre oportuna reflexión sobre la autoridad que deben tener los padres para poder educar a los hijos, esa autoridad que necesita también un buen profesional (en cualquier campo que sea) para que se le escuche, para que se atienda a sus consejos o dictámenes, para que los demás confíen en su criterio, en su trabajo y en su palabra al tratar las cuestiones que le competen.

Muchos padres fracasan en la función educativa porque pretenden formar y guiar a sus hijos, se haga esto de forma consciente o inconsciente, recurriendo únicamente a su poder (su poder ejecutivo, poder imperativo o incluso dictatorial, basado en la fuerza fáctica, física, material o legal), pero sin haber cuidado suficientemente su propia formación personal para gozar de autoridad. Y reflexiones semejantes pueden hacerse también con respecto a la acción del poder político sobre la sociedad o a la conducta de un líder otro campo de la vida social, como por ejemplo la actitud de un empresario valiéndose exclusivamente de su poder para imponer sus directrices.

Si el rojo simboliza el poder o el poderío, el blanco simboliza la autoridad que, encarnando la Sabiduría y la Verdad, ha de mostrar el camino al poder para que éste se ejerza rectamente y sea en verdad forjador de orden, evitando que degenera en opresión o tiranía. Es la contraposición que suele establecerse entre poder temporal y autoridad espiritual. En este sentido, se puede decir que la función del color blanco es guiar, contener y disciplinar al rojo, de tal modo que éste pueda desarrollar y ejercer al máximo todas sus potencialidades. El rojo, como símbolo de poderío, tiene tendencia a desorbitarse, desmadrarse, extralimitarse y rebelarse; pero el blanco, como símbolo de autoridad y de luz, frena tal tendencia, introduce un aire de inteligencia, serenidad, equilibrio y mesura, haciendo que todo discurra dentro del orden y se encamine hacia la mejor de las situaciones.

En su aspecto negativo el rojo, como color típicamente rajásico, significa pasionalidad ciega, impulsividad, amorío vehemente, agitación, rebeldía, violencia, radicalidad o radicalismo, activismo, extremismo, fanatismo, cambio brusco, voluntarismo arrollador, sentimentalismo desbordado, veleidad caprichosa, revolución (con todo el sentido destructivo y demoleedor que encierra tal palabra). Y también, por todo ello, peligro, alarma, nocividad, prohibición, desgracia, amenaza, algo que acecha y que hay que evitar. De ahí el uso de la bandera roja como señal indicativa de peligro y también que se encienda una luz roja en señal de alarma cuando ocurre algo grave.

Esos significados negativos se ven frenados, atenuados, rectificados y corregidos de forma radical cuando interviene de forma clara y contundente, con su autoridad normativa y ordenadora, el blanco sálvico. Entonces todo retorna a su orden: la pasionalidad ciega se transforma en pasión lúcida capaz de realizar empresas insospechadas y la violencia se torna fuerza medida y disciplinada, energía pacificadora, creadora de paz y orden, que actúa al servicio del bien (pensemos, por ejemplo, en las artes marciales, que no buscan otra cosa que la trasmutación o el recto encauzamiento de la fuerza y los impulsos violentos).

La autoridad (*auctoritas*) nos da el poder (*imperium*), el verdadero poder, poder del bueno, el poder que necesitamos para organizar y proyectar bien nuestra vida. La autoridad, que nos viene de la asimilación de la Verdad o, lo que es mismo, del dejarnos guiar por la Sabiduría, nos da unos poderes que sumamente valiosos y beneficiosos: poder para ayudar y apoyar, poder ordenador y realizador, poder liberador, poder justiciero, poder sanador y curativo, poder constructivo, poder demoleedor y destructivo (capaz de destruir la negatividad, todo lo que es nocivo e inhumano, lo que es hostil a la influencia espiritual, lo que se opone a nuestra liberación y al triunfo de la luz).

No olvidemos nunca que la autoridad brota del ser. Tu autoridad (lo que es tanto como decir tu ascendiente, el prestigio que se te reconoce o el que respeto que se te tributa) viene sobre todo de lo que tú eres. No gozarás de autoridad tanto por lo que tú tienes o por lo que tú haces cuanto por lo que tú eres. La autoridad va ligada al ser, de la misma forma que va ligada a la Verdad, dependiendo del grado en que uno viva arraigado en la Verdad. Hay que tener presente que la autoridad es una realidad eminentemente sálvica: los conceptos de *Sat* (Ser) y *Satya* (Verdad) juegan aquí un papel capital. Únicamente quien se subordina a la Verdad puede esperar que otros se subordinen a su criterio, su palabra y sus decisiones, que es lo que en definitiva supone el reconocimiento de la autoridad de alguien.

Pues bien, resulta evidente, aunque muchos no sepan verlo, que la Navidad, con su cálido ambiente familiar, ofrece un clima propicio para que pueda volver a tener plena vigencia el principio de autoridad, hoy tan desacreditado. En el ambiente navideño, vivido con sentido profundo, los padres y todos aquellos que ocupan puestos de responsabilidad o ejercen una función de liderazgo, podrán descubrir con más facilidad lo que realmente significa la autoridad. Y ese mismo ambiente, con su aureola sacra, les ayudará a recuperarla y cultivarla. Comprenderán que la autoridad auténtica sólo puede existir cuando está basada en el Ser y la Verdad.

No queda sino señalar que la idea de autoridad, con todo el misterio y a la magia que encierra, parece estar personificada en las figuras carismáticas de los Reyes Magos y de Papá Noel o Santa Claus, con su carga de majestad hierática. Podemos ver otra representación simbólica de esa autoridad que hunde sus raíces en el Cielo, en la Trascendencia, en la sublime estrella que se aparece a los Reyes Magos guiándolos y mostrándoles el camino a seguir.

Por lo que se refiere a la idea antes aludida de la “revolución”, digamos que tal idea, va asociada en la mente de todos al rojo rajásico. Y ello, sobre todo, por el carácter violento, sanguinario y destructor que suele presentar el fenómeno revolucionario, especialmente en sus formas más brutales. En este caso el color rojo alude de forma simbólica al poder destructor del fuego y al derramamiento de sangre, así como a la pasión, la virulencia y el fanatismo que arrastran a las turbas y sus dirigentes en las revoluciones, como tantas veces se ha visto a lo largo de la Historia.

Si el color rojo va asociado a la idea de “revolución”, bajo el impacto del blanco sátvico, espiritual, armonioso, ordenador y pacificador, dicha idea asume un significado completamente diferente, incluso opuesto, a aquel bajo el que suele concebirse. La revolución se presentará entonces bajo los perfiles de una restauración o un retorno al orden, un *re-volver* a la normalidad. Un poner fin a la situación de anormalidad y desorden en que se ha vivido para asentar la vida sobre ejes más firmes y sobre más sólidos fundamentos. La idea de revolución adquiere entonces, sobre todo, el significado de una revolución espiritual, una revolución interior, una revolución integral y profunda, que es la única que no fracasa ni defrauda. Una revolución además radical, porque va a las raíces de los problemas, a lo esencial y principal, y porque conecta con la Raíz. Esta revolución espiritual y radical es justamente la que se anuncia en la Navidad.

Esta revolución espiritual y radical es una revolución que tiene lugar, ante todo y sobre todo, dentro de la persona y que se lleva a cabo con la mirada puesta en el Origen, en el Norte, en el Principio, en el Cielo o Norte celestial, en el Centro supremo del que todo emana. De este modo la vida desprincipiada, descentrada y desnortada que habíamos llevado hasta entonces comienza a encontrar su centro y su norte, queda asentada en sólidos principios tornándose verdaderamente principiada y recuperando así la salud y la normalidad.

Podemos concluir estas reflexiones diciendo que la combinación de los colores blanco y rojo viene a ser la representación visible de lo que Heráclito llamaba “el Fuego inteligible”, el cual, en la doctrina del gran filósofo presocrático, viene a identificarse con el Logos divino, del que todo surge y al que todo retorna. En dicha combinación de colores, alba-rojiza o nivea-purpúrea, puede verse también el símbolo emblemático del *Lichtfeuer* o “Fuego-Luz” que, según Johann Georg Gichtel (místico alemán que vivió a caballo entre los siglos XVI y XVII), constituye el atributo de Cristo como redentor y por medio del cual Jesús vuelve a encender en el hombre “el ojo ígneo mágico” o “ojo mágico de fuego” (*das magische Feuerauge*), que el diablo apagó y asesinó en Adán, para que así, una vez encendido de nuevo tal ojo mágico, todo su ser “arda con claridad en el amor y resplandezca lleno de luz”.

\* \* \* \*

He aquí el mensaje que nos transmiten los colores rojo y blanco de la Navidad. Un tiempo de renacimiento, de rejuvenecimiento, de renovación cósmica y espiritual, en el que se nos invita a blanquear y enrojecer simbólicamente nuestra entera realidad personal renovándola desde sus más hondas raíces.

Un tiempo de luz, de paz, de regocijo y entusiasmo. Tiempo de verticalidad y autenticidad. Tiempo para el abrazo y el disfrute de la vida. Tiempo de aurora radiante en el que se anuncia el triunfo de la Luz sobre las tinieblas que oscurecen la existencia.

Un tiempo para la apertura de la mente, para abrir la mente a todo lo noble, valioso y sublime que nos ofrece la vida. Un tiempo para abrírnos a la inspiración que desciende de lo Alto, para dejar de estar cerrados a los que nos viene tanto desde fuera como desde dentro, para romper la cerrazón egocéntrica en que solemos vivir instalados.



Un tiempo esencial, para el ser y el estar: para ser en plenitud, para arraigar en el propio ser, para conectar con el inagotable manantial del Ser. Tiempo para volver a estar donde se debe estar y para estar como es debido en medio del mar de la vida, con fidelidad al propio ser, asumiendo la propia misión y el propio destino.

Un tiempo de magnificencia y magnanimidad, que nos llama a vivir con alma grande. Tiempo para la grandeza y la pequeñez: para apreciar y asimilar todo lo grande, pero también para amar y cuidar todo lo pequeño, dándole la importancia que tiene y la consideración que merece. Tiempo para descubrir y cultivar la grandeza dentro de nosotros mismos.

Un tiempo de reconexión, de reunificación y reconciliación. Un tiempo de encuentro: tiempo para encontrarnos a nosotros mismos (dejando así de estar perdidos en medio del desierto o el bosque de la existencia), para encontrarnos con el prójimo, para encontrarnos con todo lo real y para encontrar el tesoro de la vida. Un tiempo para atarnos y vincularnos de nuevo a la red de la vida, para restablecer nuestro nexo y nuestra relación con el Todo universal y tejer redes de entendimiento amoroso, empático y compasivo.

Un tiempo de retorno a la infancia. Tiempo para recuperar la inocencia y la ingenuidad, para volver a dar vida a las ilusiones y los sueños de nuestra niñez. Tiempo para la ilusión, el asombro y la admiración, cosas todas ellas propias de edad infantil. Oportunidad para hacernos niños, para nacer de nuevo junto al Niño Dios que nace ahora y siempre como un Sol invencible en la sagrada y recóndita gruta del alma.

Un momento mágico, sencillo y radiante, en el que resurgen el Amor y la Sabiduría como potencias renovadoras de la existencia. Un tiempo que invita a recuperar la palabra en toda su plenitud y autenticidad, con toda su fuerza poética y creadora, y con ella, recuperar el sabor de la vida, la paz interior, la alegría y el gozo que nos unen con la Creación.

Un *kairós*, o tiempo vivido no como algo agobiante y oprimente sino como oportunidad rebosante de promesa vital y vivificante, que nos incita a reconectar con el Origen, con el Centro, con el Principio, con el Fundamento, con la Raíz de nuestro ser, y de este modo reconquistar nuestra realeza íntima y profunda, nuestra más alta dignidad, nuestra deicidad, taicidad o budeidad.

Un tiempo propicio, por las resonancias simbólicas y espirituales que contiene, por el mensaje que nos transmite y por la especial gracia divina que lo acompaña, para que Dios, el Tao, el Sol eterno, nazca dentro del alma.

**Antonio Medrano**